

**Departamento:** Fundamentos del Derecho

**Área:** Historia del Derecho y de las Instituciones

**Coordinadora:** D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Valentina Gómez-Mampaso

**Alumno colaborador:** Carlos Fernández-Peinado Martínez

**Revista:** Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CXCIX, cuaderno II, mayo-agosto 2002, páginas 179-220

## **La historia del presente y sus problemas**

**Autor:** Don Guillermo Céspedes del Castillo

Durante la segunda mitad del siglo XIX los historiadores profesionales cultivaban la “historia a distancia”, pues entendían que los acontecimientos históricos se entendían mejor cuanto mayor fuera la distancia que los separaba del investigador. Se produjo una fuerte disociación del historiador con la realidad de su tiempo, de modo que si “descendía” a tratar asuntos coetáneos, se consideraba “degradado” a la categoría de periodista. Esta postura se fundamentaba en la supuesta mayor objetividad de las fuentes y testimonios antiguos, pues los referentes a los hechos del presente se creía pecaban de subjetivos y parciales.

En el siglo XX, no obstante, asistimos al desarrollo de la historia del presente desde un punto de vista riguroso y científico. Un ejemplo destacado en los Estados Unidos es la crónica de los acontecimientos que rodearon a la presidencia de J.F. Kennedy y a la crisis de los misiles cubanos en 1962: Robert Kennedy y Schlesinger escribieron excelentes trabajos al respecto. Ello no ha impedido que la historia a dis-

tancia siga cultivándose, principalmente a través de la escuela positivista, la escuela de los *Annales*, la escuela marxista y la corriente cuantitativa. Esta última, utilizando métodos econométricos, ha desarrollado la *cliometría*, que sin mucho éxito trata de basar la historiografía exclusivamente en investigaciones de tipo cuantitativo, orientadas por medio de modelos matemáticos. La historiografía marxista, por su parte, se halla en franco declive.

Desde 1989, si no antes, comienza una etapa de crisis en la ciencia histórica que persiste hasta hoy. Hay un distanciamiento entre la teoría de la historia y la práctica historiográfica. Son necesarias iniciativas renovadoras, como por ejemplo sumar historia a distancia e historia del presente e integrar ambas en la corriente del tiempo.

Vamos a dar unas pinceladas sobre el “campo de actuación” del historiador del presente.

El presente de nuestras sociedades postindustriales es consecuencia de los cambios desmesuradamente acelerados que se han producido en lo científico-tecnológico, lo económico y lo social-cultural. El hombre occidental es esencialmente urbano y trabaja mayoritariamente en el sector de los servicios –que ha crecido a causa del aumento del tiempo libre. Los trabajos pesados ahora son realizados por robots informatizados.

Se ha producido también una importante desorientación axiológica, pues la ciencia moderna ha sido incapaz de proporcionar un diseño global y completo que baste para comprender el mundo del modo satisfactorio en que lo habían presentado las grandes religiones. La actividad económica carece de toda meta que no sea la riqueza.

Los cambios sociales no han sido menores. En el ámbito laboral, las relaciones entre iguales han sustituido a las tradicionales entre superiores e inferiores. La exigencia de conocimientos en un mundo tecnificado y globalizado obliga a alargar el período de enseñanza de los jóvenes. En cuanto a la familia, ésta se ha reducido a la familia nuclear, en muchos casos monoparental. El trabajo femenino fuera del hogar y el descenso de la natalidad terminan de completar el panorama de esta institución en crisis.

La creciente inmigración ha producido un inevitable *shock cultural* cuyas últimas consecuencias aún no se han pronosticado. Estamos en una sociedad de convivencia y enriquecimiento mutuo, pero también de conflictos entre lo tradicional y lo rabiosamente novedoso. Existen males propios de este mundo moderno: el estrés y la depresión, por no hablar de otros como la apatía, la ansiedad, el uso habitual de fármacos y drogas, la hostilidad hacia algo o hacia todo y múltiples patologías entre las que ha de contarse la violencia en todas sus variadas formas.

La amenaza de tales problemas ha propiciado el desarrollo de la *futurología*, ciencia de pronosticar el futuro que se ha aplicado sobre todo en el campo de la economía. Pero el crecimiento económico no debe ser más que el medio para alcanzar metas más altas, ya sean de tipo ético o tiendan a mejorar la calidad de vida de toda la humanidad y no sólo de los occidentales.

Este es el marco general en que ha de desarrollarse la historia del presente. Aunque es una disciplina surgida en Europa tras la Segunda Guerra Mundial –primero en Alemania y luego en Francia, Gran Bretaña, España...-, aún se halla en período de formación; se encuentra en el límite entre la historiografía y las ciencias sociales. Debe distinguirse de las ciencias naturales, pero contagiándose de sus pretensiones de objetividad. También ha de tomar prestados métodos y técnicas de la ciencia económica.

Todo ello permite al historiador del presente cultivar una visión pluridisciplinaria de los acontecimientos y disponer de las bases para pronosticar el futuro inmediato –campo de la ciencia llamada *prospectiva*- o adivinar las tendencias generales del futuro más lejano –mediante la participación en los equipos multidisciplinares a través de los cuales se articula la futurología antes mencionada. En resumidas cuentas, el historiador, gracias a la interpretación del pasado, es capaz de hallar en el presente las claves del futuro.

El ejercicio de la historia del presente no está exento de conflictos de interés. El poder político, en manos de oligarquías especializadas en el ejercicio del poder y en la dirección de la administración pública, va a tratar de que las investigaciones de los científicos respalden sus intereses particulares. Este problema de independencia no afecta a la historia a distancia. Debemos tratar, pues, de evitar dos extremos: ponerse al servicio del poder y enfrentarse sistemáticamente al poder. Más bien hay que trabajar honestamente en busca de la verdad, sin miedo después a proclamarla y defenderla, sin que importe a quién le place y a quién le molesta.

Sin duda otra cuestión importante en la definición de la historia del presente es la delimitación cronológica de la misma. Su comienzo se ha situado en la Primera Guerra Mundial, en la Segunda, en 1989, etc. Lógicamente el punto de referencia irá cambiando conforme avancen los años y el pasado cercano se vaya convirtiendo en lejano.

¿Tiene posibilidades la historia del presente en una situación de crisis de la ciencia histórica en general? Las últimas décadas del siglo XX han conocido un creciente desinterés del público por los libros de historia, quizás por su tono elevado y riguroso y por su aridez estética. Ello ha propiciado el desarrollo de la novela de ambientación histórica, a través de la cual el lector puede acceder a conocimientos de historia en un recipiente más atractivo, aun a costa de efectos dramáticos y estéticos que silencian o exageran lo que conviene a los fines del autor. Para responder a esta injerencia el historiador debe combinar artísticamente la exposición de hechos e ideas con una cierta belleza literaria. Es decir, mezclar en delicada y justa proporción ciencia e imaginación creadora. Y después, escribir con sencillez y claridad. De este modo el texto será accesible y comprensible para el lector medio, para el lector cultivado y experto y para el verdadero especialista.

Cuidado en la forma e interés por la divulgación científica son rasgos que el historiador del presente debe extremar para competir con el periodista, sobre todo el de

investigación. Ante el océano de información al alcance de ambos el historiador del presente busca los hechos que marcan una tendencia, los significativos mejor que los llamativos, los que son relevantes para construir un modelo interpretativo.

Pasemos ahora a estudiar las fuentes de la disciplina que nos ocupa. El historiador del presente dispone de una inconmensurable riqueza de datos e informaciones, abundancia que disminuye conforme nos alejamos en el pasado. No sólo ha aumentado la cantidad de fuentes escritas con respecto a otras épocas, sino que también han aparecido fuentes orales y audiovisuales gracias a los ingenios tecnológicos. Por otro lado, como es obvio, el historiador del presente puede tener acceso a testigos directos vivos de los acontecimientos que investiga. En consecuencia la tarea fundamental no consiste ya en buscar datos que escasean, sino en seleccionar los mejores y más significativos entre la masa casi inabarcable de los que existen. Para ello es indispensable la utilización del soporte digital y de los programas de tratamiento de la información, que el investigador debe conocer y dominar.

La labor esencial del historiador del presente consiste en preguntarse todos los porqués imaginables y tratar de averiguarlos y contestarlos racionalmente. Tarea harto difícil ya que el mundo occidental no sólo se mueve por razones, sino también por emociones, sentimientos y aun manías. Este es uno de los problemas que deben ser superados; el sentimiento de solidaridad hacia el desfavorecido, por ejemplo, ha dado lugar a un abuso por parte de ciertos desalmados de la caridad y la buena fe de la gente. Como emociones y sentimientos no bastan para resolver los problemas del mundo, es necesario acudir a la ciencia en busca de soluciones. Pero aquí encontramos el escollo del *postmodernismo*, el cual denuncia el fracaso de la razón y la falta de sentido de la historia. Asimismo han de prevenirse los males de la *globalización*, fruto de una economía de libre mercado desregulada e internacionalizada. Sus excesos, causantes de grandes desigualdades entre los países ricos y los pobres, han motivado la indignación y protestas de solidarios y postmodernistas. El historiador del presente también debe rechazar el relativismo cultural, que defiende la validez y legitimidad de cualquier costumbre o rito con tal que sea propio y tradicional de una cultura determinada; nada más peligroso.

Uno de los problemas más acuciantes hoy en día en este sentido es la inmigración. El multiculturalismo funcionó muy bien en los Estados Unidos a través de la integración de todas las culturas que allí se instalaban (el famoso *melting pot*). Pero no puede funcionar tan bien en Europa, donde desde hace un milenio ya existen sociedades culturalmente homogéneas que hacen difícil la asimilación de esquemas culturales distintos sin que se produzcan graves fracturas. Querer implantar el multiculturalismo en Europa ha encendido el fuego de la xenofobia y ha facilitado el auge de la extrema derecha.

El historiador del presente, por tanto, puede estar seguro de que se halla al comienzo de un camino lleno de dificultades. Unas provienen de lo innovador y complejo de su empeño; otras, de los obstáculos exteriores que va a encontrar, pues a

buen seguro se le van a atribuir filias y fobias aunque no las sienta; otras, de la todavía débil construcción teórica y metodológica de su especialidad. Pero vale la pena aceptar esos desafíos, porque la tarea es importante para la sociedad en que vivimos y puede contribuir a la solución de los muchos problemas presentes y a la previsión de los futuros.